



EX LIBRIS

EX LIBRIS

MITOS DE LA LUZ

Joseph Campbell

Traducción: Miguel Grinberg

Joseph Campbell

MITOS DE LA LUZ

METÁFORAS ORIENTALES DE LO ETERNO

PRÓLOGO DE

Leandro Pinkler



MAREA
EDITORIAL



Campbell, Joseph
Mitos de la luz: Metáforas orientales de lo eterno
1ª. ed.- Buenos Aires : Marea, 2004.
208 p. ; 20x14 cm.- (Vox Populi; 1)

Traducción de Miguel Grinberg

ISBN 987-21109-2-1

1. Religiones Orientales I. Título
CDD 294

Diseño de tapa y de la colección: Pablo Temes
Corrección de pruebas: Jorge Verri

Ilustración de cubierta: *Un yogui*, (detalle) de Alejandro Xul Solar. Derechos de reproducción Fundación Pan Klub, Museo Xul Solar.

Título original: *Myths of Light. Eastern Metaphors of the Eternal*
© 2003 by Joseph Campbell Foundation

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para América Latina:
© 2004 Editorial Marea S.R.L.
Amenábar 3624 – 10ºA – Buenos Aires – Argentina
marea@editorialmarea.com.ar

I.S.B.N.987-21109-2-1
Impreso en la Argentina
Depositado de acuerdo a la Ley 11.723

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ARGENTINA

*¿Dónde está la sabiduría que perdimos con el
conocimiento?
¿Dónde está el conocimiento que perdimos con la
información?*

—T. S. ELIOT

Joseph Campbell acostumbraba decir que la mitología representa la Armonía de las Esferas de la que hablaban los pitagóricos: la continua música que produce el Universo. La mitología —como la música— señala de algún modo el sentido de la vida, que no puede ser expresado en palabras, como quien transmite una fórmula, pero sí sugerido en símbolos, cantado por las Sirenas.

La concepción de mitología universal que Campbell ha desarrollado a lo largo de su fecunda obra es la de una tradición viva que conserva un tesoro, el tesoro de la *philosophia perennis* de la humanidad expresada en las distintas lenguas. En este sentido, toda la sabiduría de las distintas tradiciones es mitología, desde la antigua Sumer hasta el Rey Arturo pasando por las Upanishadas, Homero, Lao Tsé, el Antiguo y el Nuevo Testamento y el sagrado Corán. Y en la modernidad los artistas han enriquecido este texto infinito como lo han hecho Shakespeare, Goethe, Thomas Mann o James Joyce, mientras Jung, Freud, Spengler y Nietzsche han vuelto a pensar el mismo núcleo viviente del mito eterno. Siempre se trata de descifrar el mismo oráculo de la vida humana en sus distintos niveles: las esferas psicológicas y sociales danzan en torno del centro sagrado del mundo. Desde una perspectiva muy amplia Joseph Campbell ha creado una articulación vitalista y afirmadora de los contenidos esenciales de la mitología sin excesivos planteos teóricos ni complejidades expositivas. Su pensamiento es simple y profundo a la vez. Muestra que en la mitología se preserva conocimiento, no mera erudición sino historias sobre la sabiduría de la vida, como huellas de la experiencia que

otros han marcado en su camino. Dentro de este *corpus* textual que constituye la mitología en este vasto sentido se incluyen todos los textos sagrados, las leyendas populares, la literatura y la filosofía porque son portadores de los significados con los que se construyó nuestra visión del mundo.

En el difundido diálogo que mantuvo con Bill Moyers¹ se puede ver cómo Campbell toma elementos precisos de nuestro mundo contemporáneo desde una visión crítica pero integradora. Advierte que la tecnología nunca podrá salvarnos pero que ella refleja el ineludible escenario de los mitos actuales y futuros; señala que el ser humano contemporáneo en la medida en que se convierte en un espectador de televisión se ha transformado en un ser siniestro porque desoye el llamado al camino del héroe y lo reemplaza por una actitud sustitutiva de pasividad. Respecto de la función de la mitología, Campbell insiste en el hecho de que en las escuelas ya no se educa a nadie, sino que solo se da información. Y este es justamente el problema: en las culturas en las que se mantiene una tradición viva –como en el mundo antiguo y en el Oriente– lo que denominamos mitología ha sido siempre el canal de trasmisión del conjunto de los valores y las creencias de un pueblo articulados en una serie de relatos simbólicos en los que se trasmitían tanto elementos de la historia de la comunidad, como enseñanzas espirituales, planteos metafísicos y claves para las situaciones vitales. Por el contrario, en la civilización del Occidente contemporáneo –como bien lo reflejan la filosofía y la literatura del siglo xx que Campbell conoció muy bien– vivimos cada vez más en la *tierra baldía*, en el nihilismo de sociedades olvidadas de sus propias riquezas. Y es en este punto que Campbell sostiene que para el hombre actual de Occidente existe el tremendo desafío de apoyarse en la sabiduría perenne de la humanidad (que incluye evidentemente también a la tradición oriental) y crear una nueva mitología planetaria de evolución espiritual o de algún modo perderse en los propios laberintos de su mente y destruirse a sí mismo. Resulta necesario advertir que Campbell nunca dejó de expresar esta disyuntiva en un tono esperanzado.

Con todo, a pesar de sus particularidades, el pensamiento de

Campbell es una elaboración característica del siglo xx y de su interés creciente por el mito, como si la “muerte de Dios” y de la metafísica hubiera estimulado la avidez de sentido en la búsqueda de otros paradigmas. Pues desde las perspectivas de la psicología, la antropología y la sociología se ha vuelto a beber de la antigua fuente del mito, mientras se construyó una visión más amplia en el estudio de la religión gracias al esfuerzo de una nueva mirada, como lo han demostrado Mircea Eliade, Carl Gustav Jung, Karl Kerényi, Heinrich Zimmer y tantos otros de los que Campbell ha abrevado. Basta tener presente que él mismo participó en el grupo *Eranos* que reunió a los más importantes estudiosos del mito del siglo xx.

Por su formación misma, Campbell es un ejemplo de la confluencia de diversas corrientes. Nació en Nueva York en 1904 y fue educado dentro de la religión católica, pero la fascinación mayor de su infancia la ejercieron las leyendas de los indios de Norteamérica. Antes de graduarse en la Universidad de Columbia tuvo un contacto ocasional con Krishnamurti, que despertó su interés por el Oriente. Obtuvo su título con una tesis sobre uno de los principales textos de la saga del Rey Arturo con la que ganó una beca de posgrado en universidades de Francia y Alemania en 1927. Pero entonces, en lugar de convertirse en un erudito que acumula detalles en torno de su tema de tesis, Campbell se sintió conmocionado por el arte, el pensamiento y la literatura de ese momento europeo: lector de Spengler, Freud, Jung, Mann, Joyce, se dedicó además al estudio del sánscrito. Por eso mismo Campbell solía afirmar: “Yo no soy un especialista. Soy un generalista”. En verdad lo fue, abandonó su carrera de especialista en la literatura del fin del Medioevo para ampliar más y más sus horizontes y pensar desde un marco muy amplio de referencias. A su vuelta de Europa pasó los años de la crisis del 30 en el bosque de Woodstock leyendo filosofía y literatura y desarrolló en esa década una estrecha relación con Zimmer, el gran estudioso de la India exilado en los Estados Unidos. Desde entonces, la visión de la espiritualidad de la India enriqueció su conocimiento de Occidente hasta lograr una síntesis muy particular. Pues por un lado la filosofía mitológica de Campbell aprecia profundamente el estilo de vi-

da occidental –que resalta el valor del individuo– pero reconoce a la vez las profundidades a las que habían arribado los caminos de conocimiento del yoga, el vedanta, el budismo y el taoísmo, y ha sentido la necesidad de beber de esas fuentes. Si en este sentido se puede decir con razón que siguió la senda marcada por Jung, es interesante recordar que nunca dejó de lado la impronta freudiana. Siempre cultivó una apertura que pone nervioso a más de un erudito encasillado. Para unos mitos toma a Freud, para otros a Jung, para otros la filosofía de la India, porque sostiene que no hay una llave que abra todas las puertas. Toda esta amalgama puede observarse ya en la primera obra importante de Campbell, *El héroe de las mil caras* (1949), que tanto ha influenciado a la generación *beat* norteamericana de Corso y Kerouac. En ella conviven el budismo y los mitos griegos, Shiva y el psicoanálisis, las últimas tesis antropológicas y los ejemplos del Antiguo Testamento.

Ahora bien, si a primera vista la obra de Campbell puede dar la idea de una *melange* de elementos, hay que tener presente que el autor ha pensado muy bien las diferencias, y ha trabajado en la comparación de las culturas. En el prólogo de su obra más abarcadora, *Las máscaras de Dios*,² Campbell sintetiza con precisión la diferencia entre la cosmovisión de Occidente y la de Oriente:

En todo Oriente prevalece la idea de que el fundamento último del ser trasciende el pensamiento, la imaginación y la definición. [...] Por otro lado, en las esferas occidentales el fundamento del ser se personifica generalmente en un Creador cuya criatura es el hombre.³

Y de tal manera, mientras en Oriente se vive en la certeza de la unidad del ser humano con un universo divino, se entiende que esta realidad última que los une no es pronunciable en ningún discurso, ni accesible a la razón humana. Por su parte, Occidente se ha constituido en la separación entre el hombre y Dios, su total alteridad, y nunca ha podido unir en su propia cultura sus dos fuentes principales: la indoeuropea (grecolatina, celta, germánica) y la judeocristiana. Pero en

su creencia de que la razón puede alcanzar el corazón mismo de lo real, ha creado la ciencia, mientras ha fortalecido la individualidad humana y nunca ha intentado huir del *ego*.

De esta misma consciencia de las diferencias surgen las cuestiones tratadas en *Mitos de la luz*, que –como señala David Kudler en el prefacio– reúne un conjunto de brillantes exposiciones en las que se presentan las principales metáforas de Oriente para referirse a aquello que no es asequible por el lenguaje ordinario pero puede llegar a ser vislumbrado o plenamente vivenciado en la experiencia. Por eso gustaba Campbell citar las palabras de Zimmer, su maestro en la sabiduría de la India: “Las mejores cosas no pueden decirse”. En este sentido, la mitología es poesía, una metáfora de “las mejores cosas”, y los mitos constituyen “las segundas mejores cosas”, pero son habitualmente malentendidos porque son símbolos de lo inefable. Las terceras mejores cosas son la conversación amistosa, la vida social y todo lo demás. Así describe Campbell el hecho de que la mitología no es “mito” en el sentido de “relato falso, fantasioso”, sino lenguaje metafórico acerca de la experiencia directa.

En la tradición del sufismo se acostumbra decir que al ser humano se le ha otorgado el privilegio de vivir en una enorme casa, de muchísimas habitaciones, jardines, terrazas, balcones, pero es propio de su hábito el habitar tan sólo en una pequeña parte. En la cocina y el baño, digamos. De esta manera se describe que vivimos en una estrecha parte de la mente que tiene una mezquina visión del mundo. Cuando se leen los textos sagrados de una tradición o se percibe el arte con esta disposición, se pierde el ánimo de buscar “las primeras cosas” y se cae en la lectura literal propia de la información periodística. Por eso tienen los mitos la función de arrebatarse a la consciencia de su identificación con una dimensión pequeña. Pero tener una actitud de apertura al misterio de la vida no significa ser fatalmente serio y sentirse continuamente angustiado ante la finitud humana. Muy por el contrario, en el estilo de Campbell está ausente la solemnidad. El esquema esencial de la mitología –conservada especialmente en la India y en el Oriente– habla de una danza cósmica, el baile que realiza Shiva ante el ciclo vital, que

incluye la muerte. Es la danza de Dioniso a la que aludía el Zaratus-tra de Nietzsche: “Sólo puedo creer en un dios que baile”.

Al hablar en estos términos, de ninguna manera se sostiene una posición “espiritualista” que se desentiende de lo cotidiano para ponderar exclusivamente lo alto, lo sublime, sino que se alienta una práctica continua de percibir lo sagrado en la vida. Y para explicitar esta visión cita Campbell las Upanishadas, los textos del budismo y el taoísmo, siempre en relación con la comprensión de los pensadores occidentales. El valor de su obra reside en el hecho de que nos habla en términos contemporáneos de una sabiduría tradicional, que es bueno recordar en tiempos de oscuridad. Por eso solía decir:

Participa con alegría en las penas del mundo.
Busca tu bienaventuranza.

Leandro Pinkler
Buenos Aires, octubre de 2003

NOTAS

1 El encuentro con Moyers, registrado en video, ha sido editado con el título *El poder del mito*, Barcelona, Emecé, 1991.

2 *Las máscaras de Dios* es una obra de largo aliento –editada en inglés durante la década del 60– dividida en cuatro volúmenes: *Mitología Primitiva*, *Mitología Oriental*, *Mitología Occidental* y *Mitología Creativa*. Hay traducción castellana: Madrid, Alianza Editorial, 1992-94.

3 *Las máscaras de Dios. Mitología Occidental*, pp. 19 –20.

PREFACIO DEL COMPILADOR

Al regresar de un viaje de un año por Asia en 1955, Joseph Campbell había atravesado por experiencias que literalmente cambiaron su vida. Tras su encuentro casual con Jiddu Krishnamurti a bordo de un navío transatlántico en 1924, Campbell quedó fascinado por los mitos y religiones de lo que entonces se conocía universalmente como el Oriente. Durante sus estudios de posgrado en Europa, conoció las ideas de pensadores occidentales como C. G. Jung, Adolph Bastian y los filósofos románticos del siglo XIX, todos los cuales habían sido profundamente influenciados por el pensamiento y la imaginación oriental.

En 1942, como profesor del Colegio Sarah Lawrence, tuvo la buena fortuna de convertirse en amigo y protegido del gran hinduista Heinrich Zimmer, cuyas ideas sobre los puntales míticos de las religiones de la India enriquecieron sus propias perspectivas. Cuando Zimmer falleció en 1945, Campbell acordó con su viuda, Christiane, que él compilaría los apuntes y la obra inconclusa que Zimmer había dejado. Esta tarea ocupó la vida profesional de Campbell hasta el año de su viaje, cuando por fin se encontró cara a cara con el continente sobre el cual había leído y escrito tantas cosas.

Por supuesto, el Asia que experimentó fue a la vez infinitamente más e infinitamente menos de lo que había esperado. En sus diarios sobre este viaje, que fueron publicados como *Baksheesh & Brahman* y *Sake & Satori*, resuena su frustración, pero también su asombro. Así como se sintió desencantado frente al énfasis que encontró sobre lo que los hindúes llaman *bhakti*, devoción ritual, quedó también fascinado por una modalidad de pensamiento –evidente en Calcuta y Kioto, Bengala y Bangkok– que era fundamentalmente distinta de la modalidad occidental en la que el propio Campbell había sido criado. Consistía en un encuadre mental que daba por sentada una conexión totalmente distinta entre el individuo y lo trascendente. En vez de la relación de la criatura con el Creador, Campbell encontró culturas que definían al yo como algo idéntico a lo eterno: lo que los hindúes denominan *Brahman*.

Para Campbell este abordaje resultó notoriamente refrescante. Al referirse a la ausencia del concepto de Caída del hombre en la cultura japonesa, Campbell dijo: “Les he dicho a mis amigos que no gasten dinero en psicoterapia y que visiten Japón.”

La otra revelación enorme que impresionó a Campbell durante su travesía fue la absoluta falta de educación en mitología y religión comparativas que tenía la mayoría de los norteamericanos. A lo largo de su itinerario, se sentía incómodo al observar cómo sus compatriotas –inclusive los eruditos y los diplomáticos con quienes viajaba– estaban patéticamente desinformados o eran totalmente indiferentes a las culturas con las que se topaban.

Estos dos pensamientos se combinaron para inspirar a Campbell y transformar su carrera. Ya no se contentaría con escribir para sus pares y enseñar sólo a sus estudiantes. En rigor de verdad, él había intentado que *El héroe de las mil caras*, publicado en 1949, fuese una obra popular, como podemos apreciarlo en su título original, *Cómo leer un mito*. Sin embargo, había sido, hasta ese momento, una publicación de catálogo, que todavía no había ejercido la amplia influencia que llegó a alcanzar en la cultura popular estadounidense. Entonces, Campbell comenzó a buscar activamente maneras de llegar a un público más amplio. Se concentró en escribir –mientras estaba todavía en Asia– un panorama popular sobre mitología comparativa. El resultado fue su obra maestra en cuatro volúmenes, *Las máscaras de Dios*, una historia abarcadora de la religión y el mito que apareció entre 1959 y 1968.

Su otra empresa de envergadura fue una serie de charlas, en conferencias, iglesias, salas del Departamento de Estado, y finalmente por radio y televisión. Estas charlas intentaron siempre esclarecer al público norteamericano sobre sus propias tradiciones y el mundo más amplio del mito y el símbolo. Para nuestro inmenso beneficio, Campbell comenzó a grabar estas charlas, a fin de usarlas en la preparación de sus libros. (Gracias a su don como disertante espontáneo, Campbell pronunció la mayoría de estas charlas sin preparar apuntes.)

Un tema predilecto, desde su regreso a los Estados Unidos hasta su

muerte en 1987, fue la mitología de las grandes religiones de la India y del este asiático. En la Fundación Joseph Campbell hay archivos con centenares de conferencias sobre diversos temas, pero el foco del interés de Campbell era el mundo del Oriente.

Este libro fue extraído casi íntegramente de las transcripciones de esas charlas, junto con algunos ensayos inéditos. En cada cual, Campbell explora las metáforas orientales de lo eterno según sus muchos nombres: *Brahman*, el Tao, la mente de Buda.

El primer capítulo, “El nacimiento de *Brahman*”, se enfoca en la esencia de la idea de esa Alma del Mundo trascendente y su desarrollo histórico. El segundo capítulo, “El viaje de Jiva”, revisa la relación de aquella idea con la perspectiva del individuo en la cultura tradicional de la India y el este del Asia. El penúltimo capítulo, “Navíos hacia la costa distante”, examina las modalidades particulares con que la idea de lo trascendente se ha revestido en el Oriente. Es decir, las variadas religiones y cómo se han desarrollado a través de la región y a través de la Historia.

Mientras preparaba la compilación de este libro, me enfrenté con muchos desafíos. El primero consistía en decidir qué material incluiría. Acababa de colaborar con la finalización del primer volumen de la presente serie, *Tú eres eso. Las metáforas religiosas y su interpretación*, compilado por Eugene Kennedy, enfocado en los mitos subyacentes de la tradición judeocristiana. Parecía que era apropiado hacer un libro similar que presentara una indagación paralela de los mitos asiáticos.

Revisé todo lo que pude de la obra de Campbell sobre la mitología de Asia –tanto publicada como inédita– y comencé a concentrarme sobre la idea que ahora se examina en este volumen. Una vez que establecí la tesis básica, seleccioné siete charlas que habían sido divulgadas como parte de *The Joseph Campbell Audio Collection* (Colección de audio de Joseph Campbell). Dos del volumen *The Inward Journey: East and West* (El viaje interior: Oriente y Occidente) y cinco que constituyen el volumen *The Eastern Way* (La senda oriental). Campbell hizo todas esas grabaciones durante su primera gran ronda de conferencias públicas en los años sesenta. Después

hice una recorrida por otras transcripciones de charlas y escritos inéditos que Campbell dejó como legado, y encontré muchos que completaban lo que yo percibía como grietas de la argumentación general. Estaban fechados a partir de 1957, inmediatamente después del regreso de Campbell desde Asia, hasta 1983, justo cuatro años antes de su fallecimiento.

Una vez que reuní este maravilloso conjunto de materiales, me enfrenté con el mayor desafío de todo compilador: cómo abordarlo y unificarlo.

A este respecto disponía de tres modelos a seguir, todos ellos provistos por el propio Campbell. El primero consistía en crear una obra verdaderamente sincrética, extrayendo palabras de los diversos textos, separando las ideas que los componían, y disponiéndolas en un orden que se ajustara a la obra como un todo. Este modelo fue el que aplicó Campbell al ensamblar los trabajos póstumos de Heinrich Zimmer. Desafortunadamente, sentí que no dominaba bastante el material con la maestría que Campbell mismo poseía.

El segundo modelo que Campbell puso en práctica era una sencilla antología: una serie de artículos desconectados, excepto por el tema. Este fue el abordaje que Campbell aplicó al compilar su primera colección de ensayos, *El vuelo del ganso salvaje*. Me pareció que, partiendo de una serie de charlas relativamente enfocadas sobre un mismo tema, este encuadre produciría demasiadas redundancias y muy poca continuidad.

El último procedimiento –el que finalmente elegí– era el camino intermedio. Este fue el método aplicado por Campbell al preparar su popular libro sobre el mito personal, *Myths to live by* (Mitos por los cuales vivir). Para esa obra, Campbell había tomado una selección de transcripciones de sus charlas, las colocó en una progresión lógica, y después las recortó a fin de eliminar las repeticiones, reforzar el desarrollo de las ideas y crear un testimonio conceptualmente unificado.

Los lectores juzgarán hasta dónde tuve éxito. Las conexiones sorprendentes y las conclusiones notables que encontrarán en este volumen, pueden atribuirse a Joseph Campbell. Cualquier laguna o inconsistencia lógica es de mi autoría.

Dado que entrelacé una cantidad de extractos de conferencias y fragmentos de artículos con las charlas que constituyen el cuerpo principal de este trabajo, y como fusioné algunas secciones superpuestas a fin de evitar redundancias sin perder ninguna de las muy interesantes observaciones de Campbell, moví y combiné muchos pasajes. Por lo tanto, espero que los lectores no se sorprendan ni decepcionen, pues los capítulos de este libro ya no funcionan como transcripciones de las conferencias originales.

Para que la obra preserve su voz, traté de conservar el maravilloso e informal estilo coloquial de Campbell. Siguiendo a mi predecesor, el doctor Kennedy, en su prefacio a *Tú eres eso*, solicito a los lectores: “Se ingresa mejor a este libro como si fuera al salón, el aula o el estudio donde se encuentra Campbell en la mitad de una frase, explayándose con tanto entusiasmo a los ochenta años como lo hacía a los cuarenta, sobre el universo de la mitología que constituía, por cierto, su deleite”.

Me gustaría reconocerle a las siguientes personas su invaluable contribución a esta obra: Bob Walter, presidente de la Fundación Joseph Campbell por aportar la visión para esta colección y este volumen; Mark Watts, por compaginar el audio; Jason Gardner, quien ha supervisado todos los volúmenes de las *Obras Reunidas de Joseph Campbell* para la New World Library con sereno humor y discernimiento; Tona Pearce Myers, directora de producción; y Mary Ann Castler, directora de arte de la New World Library, junto con su equipo; Mike Ashby, extraordinario polígloto revisor de pruebas; y mi esposa, Maura Vaughn, cuyo incansable apoyo y paciencia han sido verdaderamente heroicos.

David Kudler
11 de marzo de 2003

“Tráeme un fruto de aquella biguera.”

“Aquí está, venerable Señor.”

“Pártelo.”

“Ya está partido, venerable Señor.”

“¿Qué ves allí?”

“Estas semillas, inmensamente pequeñas.”

“Parte una de ellas, hijo mío.”

“Ya está partida, venerable Señor.”

“¿Qué ves allí?”

“Ninguna cosa, venerable Señor.”

El padre dijo: “Esa esencia sutil, mi querido, que allí no percibes, de esa propia esencia surge esta gran biguera de Bengala. Créeme, mi querido. Ahora bien, en eso que es la sutil esencia, allí todo lo que existe tiene su ser. Eso es lo Verdadero. Eso es el Sí Mismo. Eso eres, Svetaketu”.

—Cbhandogya Upanishada, capítulo 12

Dijo Jesús: “Yo soy la luz que está sobre todas las cosas. Yo soy el Todo: de mí ha salido el Todo, y en mí Todo se ha logrado. Hendid el leño; yo estoy abí. Levantad la piedra, allí me encontraréis”.

—El Evangelio según Tomás, dicho 77

INTRODUCCIÓN

La sumisión de Indra¹

Los mitos no pertenecen, en realidad, a la mente racional. Más bien, burbujan desde las profundidades de los manantiales que Jung denominaba el inconsciente colectivo.²

Pienso que aquí en Occidente, lo que ocurre con nuestra mitología es que los símbolos mitológicos arquetípicos se han interpretado como hechos. Jesús *nació* de una virgen. Jesús *resucitó* de entre los muertos. Jesús *fue* al cielo mediante la ascensión. Desafortunadamente, en nuestra era de escepticismo científico sabemos que en realidad estas cosas no sucedieron, y por ello las formas míticas se consideran falsedades. Actualmente la palabra *mito* significa falsedad, y así hemos perdido los símbolos y aquel misterioso mundo al cual se referían. Pero necesitamos los símbolos, y por ello aparecen en sueños perturbados y pesadillas que luego son tratados por los psiquiatras. Fueron Sigmund Freud, Carl Jung y Jacob Adler quienes se dieron cuenta de que las figuras de los sueños son realmente figuras de la mitología personal. Uno crea su propia imaginería referida a los arquetipos.

En la actualidad, nuestra cultura ha rechazado este mundo de simbología. Se ha adentrado en una faz económica y política, donde los principios espirituales son descartados por completo. Puedes tener una ética práctica y ese tipo de cosas, pero no hay espiritualidad en ningún aspecto de nuestra civilización occidental contemporánea. Nuestra vida religiosa es ética, no mística. El misterio se ha perdido y en consecuencia la sociedad se está desintegrando.

El interrogante es si alguna vez podrá haber o no una recuperación de la comprensión mitológica y mística del milagro de la vida del cual los seres humanos son una manifestación.

Asumimos que el Dios del Antiguo Testamento es un hecho, no un símbolo. La Tierra Santa es un lugar específico, no otro. El hombre es superior a las bestias, y la naturaleza ha fallado. Con la Caída en el jardín del Edén, la naturaleza se convierte en una fuerza corrupta, de

modo que no nos brindamos a la naturaleza como hizo el cacique Seattle.³ Estamos decididos a corregir a la naturaleza. Desarrollamos ideas acerca del bien y el mal en la naturaleza, y se supone que estamos del lado del bien, lo cual crea una obvia tensión. No nos rendimos a la naturaleza. La expresión *religiones de la naturaleza* se ha convertido en un objeto de rechazo y maltrato. ¿Pero qué otra cosa vas a adorar? ¿Alguna ficción de tu imaginación que has situado en las nubes? Ha sucedido algo extraño. Estamos convencidos de que si no creemos en alguna figura concreta, no tenemos nada para adorar. ¡Entonces todo está perdido!

Durante el período puritano, se rechazó toda la iconografía del mito cristiano y también los rituales a través de los cuales esos conceptos religiosos habían penetrado en nuestras almas. El asunto religioso se convirtió simplemente en una acción racional tendiente a reunir a la gente de buena voluntad, especialmente a aquella que pertenecía a determinada iglesia. Pero inclusive esa forma de religiosidad se ha hecho pedazos poco a poco.

¿Qué leemos? Leemos periódicos dedicados a guerras, asesinatos, violaciones, políticos y atletas, y eso es todo. Ese es el tiempo de lectura que la gente acostumbraba a dedicar al culto, a las leyendas sobre deidades que representaban a las figuras fundadoras de sus vidas y su religión. Hoy la gente anda tratando de reencontrar por ahí algo que ha perdido. Algunos de ellos al menos saben que están en la búsqueda. Los que ni siquiera se dieron cuenta que están buscando algo, atraviesan situaciones aun más difíciles.

Déjeme contarles una pequeña historia. Tengo solo un diminuto aparato de televisión, del tamaño de una postal, que compré hace muchos años cuando aparecía por TV y quería verme a mí mismo.⁴ Después de aquello nunca lo miré demasiado, pero cuando empezaron a transmitir las imágenes desde la Luna, pasaba día tras día pegado a la pantalla, simplemente mirando. Uno de los momentos más conmovedores fue cuando los astronautas estaban regresando y el control de tierra desde Houston les preguntó: “¿Quién es el navegante ahora?”. La respuesta que se escuchó fue: “Newton”.

De inmediato pensé en la “Estética trascendental” de Kant, el pri-

mer capítulo de su *Crítica de la razón pura*, donde dice que el tiempo y el espacio son formas de la sensibilidad y que ellas son esenciales para nuestro modo de experiencia. Nada podemos experimentar fuera de ellas. Son formas *a priori*. Entonces parece que conocemos las leyes del espacio antes de llegar allí. En su introducción a la metafísica, Kant pregunta: “¿Cómo podemos tener la certeza de que los cálculos matemáticos hechos en este espacio de aquí van a funcionar en aquel espacio de allá?”⁵ La respuesta vino a mí a través de estos hombres. “Hay un único espacio porque aquí está funcionando solo una mente.”

Allí estaban esos muchachos dando vueltas por el espacio, a cientos de miles de kilómetros. Se sabía bastante sobre las leyes del espacio como para conocer qué energía debía ponerse en los cohetes y con qué ángulo debían descender a no más de mil seiscientos metros del buque que los esperaba en el Océano Pacífico. Fue maravilloso.

Las mitologías no se inventan, se encuentran. Así como no podemos saber cuáles serán nuestros sueños esta noche, nadie puede inventar un mito.

El conocimiento del espacio es el conocimiento de nuestras vidas. Nacemos desde el espacio. Fue desde el espacio que surgió el *Big Bang* (Gran Estallido) que emitió galaxias, y más allá de las galaxias, sistemas solares. El planeta sobre el cual estamos es un pequeño guijarro en este universo, y hemos crecido en esta tierra a partir de tal guijarro. Esta es la

fantástica mitología que espera que alguien escriba poemas sobre ella.

La mitología la componen los poetas a partir de su discernimiento y comprensión del mundo. Las mitologías no se inventan, se encuentran. Así como no podemos saber cuáles serán nuestros sueños esta noche, nadie puede inventar un mito. Los mitos provienen de la región mística de la experiencia esencial.

La otra cosa que aquellos hombres jóvenes dijeron al regresar fue

que la Tierra era como un oasis en el desierto del espacio. La valoración y el amor por nuestra Tierra que surgieron en aquel momento sonaron como las palabras del cacique Seattle: “La Tierra no pertenece al Hombre; el Hombre pertenece a la Tierra.”⁶

“Cuidémosla”, escuché que decía el astronauta de la Apolo, Rusty Schweickart, y ese fue para mí un testimonio conmovedor. Él estaba en un módulo durante una de aquellas recorridas, y le habían encomendado lo que se llamaba una EVA (Asignación Extra-Vehicular). Tenía que salir del módulo vestido con su traje espacial, ligado a la nave con un cable umbilical. Y bien, hubo un pequeño problema dentro del módulo y el astronauta tuvo que aguardar durante cinco minutos suspendido en el espacio antes de volver a la nave. Atravesaba el espacio a 29.000 kilómetros por hora, no había viento ni sonido, por encima estaba el Sol, allí estaban la Tierra y la Luna y este hermoso hombre dijo: “Me pregunto, ¿qué hice alguna vez para merecer esta experiencia?”.

Esto es lo que se conoce como lo sublime, una experiencia del espacio o de la energía que es tan prodigiosa que lo individual simplemente desaparece de la vista. He conversado con personas que estuvieron en algunas ciudades alemanas durante los bombardeos de saturación británicos y estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial, y me contaron que fue una experiencia sublime. De modo que en el mundo existe algo superior a la belleza, y ello es lo sublime. La mitología que viene hacia nosotros desde el espacio es sublime.

Es interesante que todas estas mitologías de las cuales hablamos involucren a la Luna y al Sol. Los antiguos pensaban que la Luna y el Sol eran reinos del espíritu. Pero sabemos que están hechas de los mismos materiales con que nosotros estamos hechos, y así la primigenia separación entre Tierra y espíritu ya no funciona. Curiosamente la mitología que coincide con esta visión del mundo es la del hinduismo.

La Tierra es la energía de la cual algún dios es una personificación y de cuya materia constituye una concreción, y estas cosas se han desarrollado a través de eones y eones y eones de tiempo.

ÍNDICE

Prólogo a la edición argentina	7
Prefacio del compilador.....	13

INTRODUCCIÓN

La sumisión de Indra	19
----------------------------	----

CAPÍTULO I

El nacimiento de <i>Brabman</i>	29
---------------------------------------	----

Interpretando el mito oriental.....	29
-------------------------------------	----

<i>Occidente y Oriente</i>	29
----------------------------------	----

<i>Yô y tú</i>	39
----------------------	----

<i>El mito de las luces</i>	44
-----------------------------------	----

El sacrificio siempre ardiente.....	47
-------------------------------------	----

<i>Los Vedas</i>	47
------------------------	----

<i>El rostro de la gloria</i>	51
-------------------------------------	----

CAPÍTULO II

El viaje de <i>jiva</i>	59
-------------------------------	----

La tradición mística en la India	59
--	----

<i>Raja yoga: la serpiente de los chakras</i>	59
---	----

<i>El yoga del cuerpo, la mente y el corazón</i>	74
--	----

El círculo de la pesadumbre.....	82
----------------------------------	----

<i>Nacimiento y renacimiento</i>	82
--	----

<i>El horror</i>	84
------------------------	----

El alma del mundo	86
-------------------------	----

<i>Maya</i>	86
-------------------	----

<i>Destruccion y creadores</i>	90
--------------------------------------	----

El individuo en el mito oriental.....	100
---------------------------------------	-----

<i>La máscara y el actor</i>	100
------------------------------------	-----

<i>Instrumentos de lo eterno</i>	107
La imagería del yoga del renacer.....	111
<i>Viaje al portal del Sol</i>	111
<i>El libro tibetano de los muertos</i>	121
La creatividad en el mito oriental.....	125
<i>Avatares de la luz: el arte hindú</i>	125
<i>Luz y oscuridad: el arte del este asiático</i>	129
CAPÍTULO III	
Navíos hacia la costa distante.....	143
Jainismo: la senda de la renuncia.....	143
Hinduismo: búsqueda y fuga del <i>dharmā</i>	152
<i>La divinidad impersonal</i>	152
<i>Dharma y sat</i>	160
<i>Las etapas de la vida</i>	168
El budismo: flor del mundo.....	172
<i>Vida del Buda</i>	172
<i>Navíos</i>	184
EPÍLOGO	
El tigre en las profundidades.....	197
El llanto del Buda niño.....	197
Los tigres y las cabras.....	198
Bibliografía de Joseph Campbell.....	201

Esta edición de 1.500 ejemplares
se terminó de imprimir
en Nuevo Offset, Viel 1444, Buenos Aires,
en el mes de marzo de 2004.